

Benito Pérez Galdós

La familia de León Roch



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1972
Tercera edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Jean Béraud: *Mujer rezando*. Colección particular.
© AGE Fotostock / Christies' Images / Bridgeman Images
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1972, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-741-3
Depósito legal: M. 30.207-2019
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Parte primera

- 13 1. De la misma al mismo
- 20 2. Herpetismo
- 25 3. Donde el lector verá con gusto los panegíricos que los españoles hacen de sus compatriotas y de su país
- 33 4. Siguen los panegíricos dando a conocer en cierto modo el carácter nacional
- 39 5. Donde pasa algo que bien pudiera ser una nueva manifestación del carácter nacional
- 45 6. Pepa
- 53 7. Dos hombres con sus respectivos planes
- 64 8. María Egipciaca
- 74 9. La marquesa de Tellería
- 82 10. El marqués
- 90 11. Leopoldo
- 96 12. Gustavo
- 104 13. El último retrato
- 111 14. Marido y mujer
- 125 15. Un convenio como los que la diplomacia llama «modus vivendi»
- 131 16. De crematística
- 139 17. La desbandada
- 146 18. El asceta

- 155 19. La marquesa se va a la música
161 20. Un drama viejo, viejísimo
173 21. Batiéndose con el ángel
179 22. Vencido por el ángel

Parte segunda

- 185 1. Si el tiempo lo permite
195 2. Memorias. – Tristezas
205 3. María Egipcíaca se viste de pardo y no se lava
las manos
215 4. El mayor monstruo, el «crup»
231 5. La madre
235 6. El marqués de Fúcar recibe nuevos favores del
cielo
244 7. Erunt duo in carne una
253 8. En que se ve pintada al vivo la invasión de los
bárbaros. – Resucitan Alarico, Atila, Omar
263 9. La crisis
278 10. Razón frente a pasión
290 11. Esperar
299 12. Donde se trata de la hidalguía castellana, de
las leyes morales, de todo lo que hay de más
venerando y de otras cosillas
310 13. Una figura que parece de Zurbarán y no es
sino de Goya
318 14. La revolución
334 15. ¿Cortesana?
343 16. El deshielo

Parte tercera

- 365 1. Vuelve en sí
- 371 2. ¿Se morirá?
- 383 3. León Roch hace una visita que le parece mentira
- 393 4. Despedida
- 398 5. A almorzar
- 407 6. El clérigo miente y el gallo canta
- 415 7. Fuegos parabólicos
- 424 8. Sorbete, jamón, cigarros, pajarete
- 429 9. También yo... despeino
- 437 10. Latet anguis
- 444 11. Excesos del apostolado
- 456 12. La verdad
- 463 13. La batalla
- 482 14. Vulnerant omnes, ultima neeat
- 490 15. La sala Increíble
- 501 16. Los imposibles
- 515 17. Visitas de duelo
- 521 18. El cónyuge inocente
- 534 19. Tres por dos
- 546 20. Final
- 550 21. Del marqués de Fúcar al marqués de Onésimo

Parte primera

1. De la misma al mismo

Ugoíbea, 30 de agosto.

Querido León: No hagas caso de mi carta de ayer, que se ha cruzado con la tuya que acabo de recibir. La ira y los pícaros celos me hicieron escribir mil desatinos. Me avergüenzo de haber puesto en el papel tantas palabras tremebundas mezcladas con puerilidades gazmoñas..., pero no me avergüenzo: me río de mí misma y de mi estilo, y te pido perdón. Si yo hubiera tenido un poco de paciencia para esperar tus explicaciones... Otra tontería... ¡Celos, paciencia! ¿Quién ha visto esas dos cosas en una pieza? Veo que no acaban aún mis desvaríos; y es que después de haber sido tonta, siquiera por un día, no vuelve a dos tirones una mujer a su discreción natural.

Mientras recobro la mía, allá van paces y más paces y un propósito firme de no volver a ser irascible, ni suspicaz, ni cavilosa, ni inquisidora, como tú dices. Tus explicaciones

me satisfacen completamente: no sé por qué veo en ellas una lealtad y una honradez que se imponen a mi razón, y no dan lugar a más dudas, y me llenan el alma, ¿cómo decirlo?, de un convencimiento que se parece al cariño, que es su hermano y está junto con él, abrazados los dos, en el fondo, en el fondo... No sé acabar la frase; pero ¿qué importa? Adelante. Decía que creo en tus explicaciones. Una negativa habría aumentado mis sospechas; tu confesión las disipa. Declaras que, en efecto, amaste... No, no es ésta la palabra... Que tuviste relaciones superficiales, de colegio, de chiquillos, con la de Fúcar; que la conoces desde la niñez, que jugabais juntos... Yo recuerdo que me contabas algo de esto en Madrid, cuando por primera vez nos conocimos. ¿No era ésa la que te acompañaba a recoger azahares caídos debajo de los naranjos, la que tenía miedo de oír el chasquido de los gusanos de seda cuando están comiendo, la que tú coronabas con florecillas de Dondiego de Noche? Sí: me has referido muchas monadas de ésa tu compañera de la infancia. Ella y tú os pintabais las mejillas con moras silvestres y os poníais mitras de papel. Tú gozabas cogiendo nidos, y ella no tenía mayor placer que descalzarse y meter los pies en las acequias, andando por entre los juncos y plantas acuáticas. Un día, casi a la misma hora, tú te caíste de un árbol, y ella fue mordida por un reptil. Era la de Fúcar, ¿no es verdad? Mira qué bien me acuerdo. ¡Si sería yo capaz de escribir tu historia!

La verdad, yo no había puesto mucha atención en estos cuentos de *bebés...*, pero cuando vi a esa mujer, cuando me dijeron que la amabas... Hace de esto diez días, y aún se me figura que me estoy ahogando como en el momento en que me lo dijeron. Créemelo: me pareció que se acababa el mundo, que el tiempo se detenía —no lo puedo explicar— y

se doblaba mostrando un ángulo horrible, un lado desconocido donde yo... Otra frase sin concluir. Adelante.

Ahora me acuerdo de otra aleluya de tu infancia, que me contaste no hace mucho. ¡Cómo se quedan presentes estas tonterías! Cuando fuiste pollo y empezaste a estudiar esa ciencia de las piedras, que no sé para qué sirve; cuando ella –y sigo creyendo que sería otra vez la de Fúcar– no metía los pies en las acequias, ni se pintaba la cara con moras, ni se ponía tus mitras de papel, jugasteis a los novios con menos inocencia de antes; pero... vamos, lo concedo, siempre con inocencia. Ella estaba en un colegio donde había muchas lilas y un portero que se encargaba de traer y llevar cartitas. Asómbrate de mi memoria. Hasta me acuerdo del nombre de aquel portero: se llamaba Escóiquiz.

Basta de historia antigua. Lo que no me dijiste nunca, lo que yo no sabía hasta hoy, cuando he leído tus explicaciones, es que... –pues repito que no me hace gracia, caballero–, es que hace dos años os encontrasteis otra vez allí donde florecen los naranjos, mascan los gusanillos y corren las acequias; que hubo así como un poquitillo de ilusión; que desde entonces tuviste para ella un afecto sincero y que ese afecto fue creciendo, creciendo hasta... –aquí entro yo–, hasta que me conociste... Muchas gracias, caballero, por la retahíla de galantería, de finezas, de protestas, de amorosas palabras que vienen en seguida. Esta lluvia de flores lleva una carilla. Hay carillas que parecen caras divinas, y ésta me hace llorar de contento. Gracias, gracias. Esto es muy hermoso; y lo que dices de mí muy exagerado. Más vales tú que yo... Vives para mí... ¡Ay! León, lo mejor que se puede hacer con estas frases de novela es creerlas. Ábrete, corazón, y recíbelo todo. Yo soy buena católica y me he educado en el arte de creer.

¡Si seré tonta que he vuelto a leer la bendita carilla!... ¡Oh, está muy bien!... Que un amor verdadero, elevado, profundo, borró aquel capricho, no dejando rastro de él: muy bien... Que las ilusiones infantiles rara vez persisten en la edad mayor: perfectamente... Que tus sentimientos son sinceros y tus propósitos formales: sí, sí... Que la voz que llegó a mi oído haciéndome creer en el fin del mundo fue una de tantas conjeturas que lanza la frivolidad del mundo para que las recoja la malicia y haga con ellas armas terribles: eso es, eso es... Que la de Fúcar es hoy para ti tan indiferente como otra cualquiera: divino, delicioso... En fin, que yo y sola yo..., que a mí y sólo a mí... ¡Oh, qué dulce es ponerse la mano en el pecho y apretarse mucho, diciendo con el pensamiento: «A mí, a mí sola, a nadie más que a mí!».

¡Qué argumento tan poderoso me ocurre en favor suyo! La de Fúcar es inmensamente rica, yo soy casi pobre. Pero cuando se tiene fe no se necesitan argumentos, y yo tengo fe en ti... Cuantos te conocen dicen que eres un modelo de rectitud y de nobleza, un caso raro en estos tiempos. Estoy tan orgullosa como agradecida. ¡Qué bueno ha sido mi Dios para mí al depararme un bien que, al decir de las gentes, anda hoy tan escaso en el mundo!...

No quiero dejar de manifestarte, aunque esta carta no se acabe nunca, la impresión que me causó la de Fúcar, dejando aparte el rencorcito que despertó en mí. Después de pasado el temporal, puedo juzgarla fríamente y con imparcialidad; y si cuando me dijeron lo que sabes pareciome tener grandes perfecciones, ahora la veo en su verdadero tamaño. No hay que hablar del lujo escandaloso de esa mujer: es un insulto a la Humanidad y a la Divinidad. Papá dice que con lo que ella gasta en trapos en una semana podrían vivir holgadamente muchas familias. No carece de elegancia; pero a

veces es extravagantísima y parece decir: «Señores, me pongo así para que vean todos que tengo mucho dinero». Mamá dice que no habrá hombre alguno que se case con ese mostrador de maravillas de la industria. Los Rothschilds no abundan, y la de Fúcar causa terror a los pretendientes. Esa muchacha pródiga, voluntariosa, llena de caprichos y pésimamente educada, tendrá, al fin, por dueño a cualquier perdido. Así lo dice mamá, que conoce el mundo, y yo lo creo.

No la encuentro yo tan graciosa como dicen y como a mí me pareció cuando me moría de celos. Es demasiado alta para ser esbelta, demasiado flaca para airosa. El bonito color no puede negársele; pero se necesita un microscopio para encontrarle los ojos; ¡tan chicos son! Cuentan que habla con mucho gracejo: yo no lo sé, porque nunca la he tratado ni quiero tratarla. La vi de lejos, en la playa, y en el balcón de la casa de baños, y me pareció de maneras desenvueltas y libres. Creo que me miró de un modo particular. Yo la miré queriendo darle a entender que me importaba poco su persona: no sé si lo hice bien.

Estuvo aquí tres días. Yo no salí de casa. Nunca he llorado más. Al fin, se fue esa loca. El gozo que me causó dejar de verla se nubla un poquito cuando considero que ahora está donde tú estás. He pensado ayer todo el día en que debiera haber aquí una torre muy alta, muy alta, desde la cual se viese lo que pasa en Iturburúa. Yo subiría a ella de un salto... Pero confío en tu lealtad... Y si le dices que me amas a mí sola, si ella te conserva algún afecto, y al oírlo rabia... ¡Oh!, si rabia, avísamelo: quiero tener ese gusto.

El lunes te esperamos. Papá dice que si no vienes no eres hombre de palabra. Está muy impaciente por hablar contigo de política, pues, según él, aquí hay una plaga de gente

ministerial que le apesta. Si al fin le hicieran senador..., y francamente, temo por su razón si no consigue ese bendito escaño. Sigue con la manía de mandar sueltos a los periódicos. En los de estos días hemos encontrado algunos, y también artículos. Ya sabes que mamá los conoce en que casi invariablemente empiezan diciendo: «Es de lamentar...».

Hoy entró muy orgulloso, mostrándome la obra que has publicado. Él hacía elogios ardientes, y le leyó a mamá los primeros párrafos. Era cosa de risa. Ni él, ni mamá, ni yo comprendíamos una sola palabra, y, sin embargo, todos encajábamos mucho la sabiduría del libro. Figúrate lo que entenderemos nosotros del *Análisis del terreno plutónico en las islas Columbretes*, ni qué interés pueden tener para mí las capas *cuaternarias*, los terrenos *pirógenos*, *azoicos*... Hasta el escribir estas palabrotas me cuesta trabajo, y tengo que ir trazando letra por letra. Sin embargo, basta que hayas hecho tú esa monserga de sabidurías oscuras para que me cautive. He pasado algunos ratos leyendo tus páginas, como si leyera el griego, y... no lo creerás, pero es cierto que, sin saber la causa, yo leía y leía, llevada de un no sé qué de admiración y respeto hacia ti. Entre tantos nombres endiablados, he encontrado algunos preciosísimos y que han despertado en mí simpatías, tales como *sienita*, *pegmatita*, *variolita*, *anfíbolita*. Todas estas niñitas me parecen nombres de hadas o geniecillos que han jugado alrededor de tu cabeza cuando estudiabas la obra de Dios en las honduras de la tierra.

Pero sin quererlo me estoy volviendo poetisa, y esto es inaguantable, señor mío. ¡Y esta pícara carta que no quiere dejarse acabar!... Mamá me está llamando para ir de paseo. Está muy aburrida. Dice que éste es un lugar de baños eminentemente *cursí*, y que antes se quedará en Madrid que

volver a él. Ni casino, ni sociedad, ni expediciones, ni tiendas de chucherías, ni gente de cierta clase. La verdad es que no hay dos Biarritz en el mundo.

Leopoldo también está aburridísimo. Dice que éste es un pueblo salvaje, y que no comprende cómo hay persona decente que venga a bañarse entre cafres. Así llama a los pobres castellanos que inundan estas playas. Gustavo ha pasado a Francia para visitar al santo y angelical Luis Gonzaga, que está algo delicado. ¡Pobre hermanito mío! Hace días nos visitó de parte suya un clérigo italiano, un tal Paoletti, hombre amabilísimo, muy instruido y de conversación muy amena... Pero quiero darte cuenta de todo, y no puede ser. El papel se acaba, y mamá me llama otra vez. Adiós, adiós, adiós. Que no faltes el lunes... Hablaremos de aquello, ¿sabes?, de aquello. Anoche, cuando rezaba, le pedí a Dios por ti... No pongas esa cara de pillo. Hay en tu alma un rinconcito oscuro que no me gusta. No digo más por no parecer doctora de la Iglesia, por no anticipar una empresa gloriosa que tendrá su... Quédese también esta frase sin concluir... Abur, perdido... Memorias a las *sienitas*, *pegmatitas* y *anfibolitas*, únicas señoritas de quienes no tiene celos la que te quiere de todo corazón, la que tiene la simpleza de creer todo lo que dices, la que te espera el lunes... Cuidado con faltar. Hasta el lunes. Si no, verás quién es tu

María.

2. Herpetismo

El que leyó esta carta paseaba, mientras leía, por una alameda de altísimos árboles. En uno de los extremos de ella había una construcción baja, de cuyo pórtico con pretensiones greco-romanas salían tibios vapores sulfúricos, harto desagradables, y en el otro uno de esos edificios falansterianos a que concurren los españoles durante el estío para reproducir en el campo la vida estrecha, incómoda y enfermiza de las poblaciones. Escabrosas montañas, de yerba y musgo vestidas, daban con el pie al establecimiento, como para arrojarlo al río, y éste, que intentaba disimular su pequeñez haciendo ruido –a semejanza de muchos hombres que son Manzanares de cuerpo y Niágaras de voz–, se encrespaba junto al muro de sostenimiento, jurando y perjurando que se llevaría falansterio, alameda, cantina, médico, fondista y veraneantes.

Éstos cojeaban tosiendo en la alameda, o formaban desiguales grupos bajo los árboles y en los bancos de césped.

2. Herpetismo

Oíanse monografías de todos los males imaginables: cálculos sobre digestiones hechas o por hacer; diagnósticos ramplones, recuentos de insomnios, hipos y acedías; inventarios de palpitations cardíacas; disertaciones varias sobre las travesuras del gran simpático; sutiles hipótesis sobre los misterios del sistema nervioso, iguales a los de Isis en lo impenetrables; observaciones erigidas en aforismos por un pecho optimista; vaticinios de aprensivo que cuenta por sus toses los pasos de la muerte; esperanzas de crédulo que supone en las aguas la milagrosa virtud de resucitar difuntos; sofocados ayes del atacado de gastralgia; soliloquios del desesperado y risas del restablecido.

El que no ha vivido siquiera tres días en medio de este mundo anémico y escrofuloso, compuesto de enfermos que parecen sanos, sanos que se creen enfermos, individuos que se pudren a ojos vistos carcomidos por el vicio, y aprensivos que se sublevarían contra Dios si decretara la salud universal, no comprenderá el fastidio e insulsez de esta vida falansteriana, tan ardientemente adoptada por nuestra sociedad desde que hubo ferrocarriles, y en la cual rara vez se encuentra el plácido sosiego del campo.

Con todo, no faltan atractivos en la sociedad herpética. La renovación constante de tipos; las bellezas que entran cada día, acompañadas de más mundos que un sistema planetario; el lujo, las tertulias; la delicada ambrosía de la murmuración, servida a cada instante y pasada de boca en boca sin saciar jamás a ninguna ni agotarse con el diario consumo; los improvisados o redivivos noviazgos; los razonamientos morales, ora ásperos, ora de dulce suavidad; los mil cabos que se atan o se desatan, el bailoteo, las expediciones para ver gruta, panorama o golpe de ruinas, que ya se vieron el año pasado y que se han de gozar uniendo la voz al

coro de la admiración general; los juegos inocentes o venialmente criminales; las bromas, los complots, las galanas intrigas con que algunos se atreven a romper la monotonía de la felicidad colectiva, de aquel esparcimiento colectivo, de aquella higiene colectiva, de aquella vida eminentemente colectiva que, en medio de sus esplendores, tiene un no sé qué reglamentario y lúgubre a estilo de hospital, dan atractivos a estos sitios, al menos para ciertos caracteres, precisamente los que más abundan. Por eso van allá todos los españoles, unos con su dinero, otros con el ajeno, y desde que apunta julio son puestos en prensa el administrador o el prestamista para que alleguen los caudales que reclama aquel importante fin de la vida moderna. Enardece a la sociedad un loco afán de embriagarse con aguas de azufre, y para cantar esta sed elegante se echa de menos un Anacreonte hidropático.

El que leía la carta era un joven vestido de riguroso luto. Leídos y guardados los tres pliegos quiso seguir paseando; mas le fue preciso atender a los saludos de sus compañeros de fonda. Era la hora en que la mayor parte de los bañistas bajaban a beber el agua y a pasearla. Veíanse caras desconsoladas y escuálidas, unas de viejos verdes y otras de jóvenes achacosos; sonrisas mustias que se confundían con las contracciones de dolor; no se oía más que un preguntar y responder constante sobre las distintas formas y maneras de estar malo.

La chismografía patológica es insoportable, y así debió comprenderlo el de la carta, que afortunadamente estaba bien con Esculapio, porque tomó el camino de la fonda para salir del establecimiento; pero fue detenido por un grupo compuesto de tres personas, dos de las cuales eran de edad madura, de aspecto grave y hasta cierto punto majestuoso.

–Buenos días, León –dijo el más joven en tono de confianza íntima–. Ya te vi desde mi ventana leyendo los tres pliegos de costumbre.

–Hola, amigo Roch; usted siempre tan madrugador –indicó el más viejo, que era también el más feo de los tres.

–Leoncillo, buena pieza..., alma de cántaro, ¿no paseas hoy con nosotros? –dijo el de aspecto más imponente, que ocupaba entonces, como siempre, el centro del grupo, de tal modo que los otros dos parecían ir a su lado con un fin puramente decorativo, para hacer resaltar más su importancia física y social.

El joven vestido de negro se excusó como pudo.

–Bajaré dentro de una hora –dijo, evadiéndose con ligereza–. Hasta luego.

El grupo avanzó por la alameda adelante. ¿Será preciso describir esta trinidad ilustre, la cual es, si se nos permite decirlo así, una constelación que se ve en España a todas horas, a pesar de ser muy turbio el cielo de nuestro país?

Aquí el lector, lo mismo que el autor, dirá forzosamente: «Son ellos; dejémosles que pasen». Pero esta constelación no pasa ni declina jamás; no baja nunca hacia el horizonte, ni es oscurecida por el sol, ni se nubla, ni se eclipsa. Siempre está en alto, ¡ay!, siempre resplandece con inextinguible claridad pavorosa en el zenit de la vida nacional.

¿Quién no conoce al marqués de Fúcar, de quien ha dicho la adulación que es uno de los pocos oasis de riqueza situados en medio del árido desierto de la general miseria? Así como ocupa el primer lugar en la constelación citada, también es el *alfa* de la sociedad española.

¿Quién no conoce a don Joaquín Onésimo, ese fanal luminoso de la Administración que, encendido en todas las situaciones, ilumina con sus rayos a una pléyade de Onési-

mos que en diversos puestos del Estado consumen medio presupuesto? Alguien dijo que los Onésimos no eran una familia, sino una epidemia; pero no puede dudarse, ¡cielos!, que si esa luminaria se apagase quedarían a oscuras los ámbitos de la buena administración, y reducidos a revuelto caos el orden, las instituciones y la sociedad toda.

El tercer ángulo de este triángulo lo formaba un acicalado y muy bien parecido joven, en cuyo semblante pálido y linfático parecían extinguidas prematuramente la frescura y la energía propias de sus treinta y dos años. Eran sus maneras perezosas y su aspecto de fatiga y agotamiento, como es común en los que han derrochado la riqueza moral en la mala política, la intelectual en el periodismo de pandilla y la física en el vicio. Este tipo, esencialmente español y matritense, nocturno, calenturiento, extenuado, personificación de esa fiebre nacional que se manifiesta devorante y abrasadora en las redacciones trasnochantes, en los Casinos que sólo apagan sus luces al salir el sol, en las tertulias crepusculares y en los mentideros que perpetuamente funcionan en pasillos de teatro, rincones de café o despachos de Ministerio, parecía muy fuera de su lugar propio en aquel ambiente puro y luminoso, a la sombra de gigantescos árboles. Podría creerse que le causaba molestia hallarse lejos de sus antros de corrupción y malevolencia, y que para las esplendentes gracias de la Naturaleza no había en su corazón un latido, ni una mirada en sus turbios ojos sin viveza, de párpados turgentes, embolsados y rojos por el hábito del insomnio.

Federico Cimarra, que era el joven; don Joaquín Onésimo –a quien se creía próximo a llamarse marqués de Onésimo– y don Pedro Fúcar, marqués de Casa-Fúcar, luego que midieron dos o tres veces la alameda, se sentaron.

3. Donde el lector verá con gusto los panegíricos que los españoles hacen de sus compatriotas y de su país

–Ya es evidente que León se casa con la hija del marqués de Tellería –dijo Federico Cimarra–. No es gran partido, porque el marqués está más tronado que los cómicos en Cuaresma.

–Ya sólo le queda la casa de la calle de Hortaleza –apuntó Fúcar con indiferencia.

–Es buena finca, construida en tiempos del marqués de Pontejos... Al fin se quedará también sin ella. Dicen que en esa familia todos, desde el marqués hasta Polito, tienen la cabeza a pájaros.

–Pero ¿no le queda a Tellería más que la casa? –preguntó el hombre de Administración con curiosidad que parecía el afán celoso del Fisco buscando la materia imponible.

–Nada más –repitió el de Fúcar, demostrando conocer a fondo el asunto–. Las tierras de Piedrabuena han sido vendidas en subasta judicial hace dos meses. Con las casas y la fábrica de Nules se quedó mi cuñado en febrero último. En